

Tiempo para meditar

Francisco Olivas dibuja incansablemente; para él dibujar es una forma de vivir, de retratar el mundo que quiere percibir, un mundo plétórico de abstracciones que a su vez encuentra reflejado en su propio interior, como en un espejo ¿o es tal vez su interior el que se refleja en el afuera, en su percepción de las formas externas? Luego está el papel...las texturas preliminares...las acuarelas... la voluntad de plasmar ese diálogo impregnado de flashes, de luz y color...de delicadas formas.

Los dibujos son tranquilos, serenos, limpios, pero paradójicamente, para lograr esa calma silenciosa, el creador necesita utilizar un medio ágil, rápido; juega así entre la preparación, el pensamiento, el sentimiento, la meditación y la improvisación, lo que le permite crear un dibujo espontáneo que al final de todo ese proceso va saliendo solo, como creándose a sí mismo.

La Semana Santa es tiempo de meditación, de muerte y resurrección. Este tiempo y su contenido han quedado plasmados en la obra de esta exposición: *Escuchando una saeta, Colores de pasión, La soledad de Cristo, Mi legado, Monedas de pasión, La tradición, Junto a la columna, Símbolo de esperanza, Aromas a incienso* son algunos de los títulos de los dibujos que contemplamos. La vida está presente en la sagrada forma, alimento para el espíritu; estamos hablando de una vida interior, de esa llama que se percibe en un lugar secreto de nuestra alma. Se trata de lo que Carl Gustav Jung denominaba el “sí mismo” el cual definía como “centro y totalidad” de la psique.

Jung estudiaba los dibujos de sus pacientes, frecuentemente mandalas, así como los sueños, la forma de los objetos y la disposición de los mismos en el espacio, todo ello es indicativo del estado emocional y momento evolutivo de un proceso: “el proceso de individuación”, que no es otra cosa que el camino que hay que recorrer para ser uno mismo. Queremos manifestar aquí otra fascinante forma de acercamiento al mundo de los sueños por parte de Jung, éste los clasificaba como “pequeños sueños”, que vienen a ser una representación de la vida cotidiana, y “grandes sueños” que abarcan un amplio espectro y tienen un carácter retrospectivo (síntesis del pasado) a la vez que prospectivo, avisan del desarrollo futuro de la vida del soñante. Con frecuencia, en este tipo de sueños, aparecen viajes iniciáticos que tienen elementos y características llamativas, lugares exóticos, híbridos, situaciones imposibles, países extraños y conducen, invariablemente, hacia un único destino: el “sí mismo”. Éste suele aparecer representado por un círculo, una piedra preciosa, una caja... una cruz que, en definitiva, es a su vez un centro, construido por la unión de opuestos (los dos brazos de la cruz).

El camino de Cristo al calvario es un viaje iniciático que lo va a conducir a la muerte, pero después, a la resurrección. También es un viaje iniciático el que efectúa Francisco, moviéndose por los papeles; reviviendo el camino, enfrentándose a la luz, contemplando las muchedumbres, recreándose en los encajes laberínticos, símbolos del laberinto del espíritu, contemplando e integrando al “sí mismo” que se acerca y se aleja, intermitentemente, de su campo de percepción.

Al final, toda obra artística va a constituir además un proceso de alquimia; el hombre plantea y ejecuta el trabajo, pero luego es la propia obra la que actúa, interviene y marca al autor de manera que éste resulta transformado.

¿Qué nuevo Francisco va a surgir de esta hazaña? Es difícil pronosticarlo. Seguramente, él no tiene ni idea porque, cuando se experimenta una transformación, uno mismo no se da cuenta; son los otros los que lo van acusando poco a poco, no con explicaciones racionales sino con otra actitud; las respuestas que se reciben del exterior van cambiando y más tarde, pasado un tiempo, a veces incluso años, uno se para a pensar y se da cuenta de lo mucho que ha cambiado, tanto en la obra como en la vida. La verdadera transformación llega a percibirse, pero la mente racional nunca podrá llegar a explicarla porque se trata de un cambio integral que abarca mucho más que la mente.

En esta serie de dibujos se mantienen unas constantes; reconocemos en ellos a Francisco, su técnica, formas circulares, formatos, espiritualidad, pero hay cambios. Fundamentalmente, hay más luz (*Corona de gloria, La virgen coronada, Legado de gloria*) y menos soledad (*Senda de esperanza, Nos acompañamos*). Ha aparecido otro Francisco; su sufrimiento se ha hecho patente y, como suele suceder cuando el dolor se expresa -verbalmente o por cualquier otro medio- desaparece, es justo el efecto contrario a la represión, el silencio o el secretismo que agiganta lo temido y escondido. Los dibujos de esta serie irradian bienestar a pesar del duro tema de la pasión. Contemplémoslos con serenidad y esperemos expectantes lo que vendrá después que será, como siempre ocurre con la obra de nuestro artista, el producto de su propia pasión.

Loli Íñiguez.

Profesora de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de La Laguna.